

la retirada que le había afligido tanto, se había replegado á Meaux y en Meaux trataba de reorganizar su cuerpo de ejército. Este cuerpo, con los restos que había recogido, con algunos batallones sacados de los depósitos de París y con los guardias nacionales que había podido reunir, fué distribuido en tres divisiones y elevado á unos doce mil hombres de todas armas. Napoleón le hizo salir al punto por el camino de Meaux á Fontenay y le envió al Yeres, el riachuelo detrás del cual iban á concentrarse todas nuestras fuerzas. Ordenó á los mariscales Víctor y Oudinot, que se habían retirado de allí, que continuaran manteniéndose, y les anunció su llegada para el día siguiente 16.

La hermosa caballería sacada de España había pasado ya á París en número de cuatro mil hombres sin igual. Napoleón los reunió en Guignes, donde suponía tendría lugar la batalla principal de la campaña. Las dos divisiones de joven guardia que acababan de organizarse en París habían salido ya de la capital al mando de los generales Charpentier y Boyer, con dirección á la orilla izquierda del Sena, para interceptar el camino de Fontainebleau. Sin duda alguna Napoleón habría podido llevarlas á la derecha del Sena á fin de reunir todos sus recursos en Guignes, pero era demasiado tarde para dejar á París enteramente descubierto por la orilla izquierda, pues los aliados habían dirigido á ésta una parte notable de sus fuerzas. Por consiguiente, envió á esas dos divisiones á Essonne con recomendación de defenderse allí hasta el último extremo, tratando de cubrir así á París por la orilla izquierda en tanto que él iba á procurar libertarla por la derecha, mediante una batalla decisiva. Por último, dió las instrucciones necesarias para tener sólo en su posesión el paso de los dos ríos donde debía maniobrar, para hacer preparar víveres en los caminos y sobre todo para reunir las carretas de los labradores á fin de que los soldados de la guardia transportados en ellas pudiesen doblar ó triplicar las etapas. A la mañana siguiente salió de Meaux y llegó por Fontenay á Guignes en el mismo instante en que los mariscales Víctor y Oudinot, rechazados hacia el Yeres, disputaban sus márgenes á las avanzadas de Wittgenstein y de Wrede. Este estado de cosas justificaba la determinación que Napoleón había tomado, pues reunido con los dos mariscales no podía temer ya á Wittgenstein y á de Wrede, y tendría unos sesenta mil hombres que oponer á cincuenta mil, lo que prometía inmediatamente los triunfos más brillantes.

Considerando Napoleón que si tenía enfrente de sí una masa imponente de fuerzas, no podía ser sin embargo todo el ejército de Schwartzberg, puesto que le denunciaban á la vez la presencia del enemigo en Montereau, en Fontainebleau, en Sens y en las cercanías de Orleans, comprendió que sólo debía encontrarse cuando más con una mitad del grande ejército de Bohemia, y resolvió tomar inmediatamente la ofensiva. Aunque su guardia y la división Leval no hubiesen llegado todavía, tenía con los mariscales Oudinot, Víctor y Macdonald, y con la caballería de España, unos treinta y seis mil hombres, y mandando él era bastante para hacer frente á cincuenta mil. Además en algunas horas debían reunirse á él los veinticinco mil que le seguían y tomó sus medidas para comenzar la acción al amanecer.

Con efecto, el 17 estaba á caballo muy de mañana

dirigiendo los movimientos de sus tropas. El mariscal Víctor, que formaba la retaguardia en la retirada del Sena al Yeres, se quedó naturalmente á vanguardia. Este mariscal avanzaba teniendo en su centro á las divisiones Dufour y Hamelinaye, que prodigaba con gusto porque pertenecían al general Gerard, y en las alas á las divisiones Duhesme y Chataux del 2.º cuerpo, que era el suyo, y que por este motivo resguardaba más. A la izquierda la caballería del 5.º cuerpo al mando del general Milhaud, y á la derecha la caballería de España con el general Treillard á su cabeza, marchaban desplegadas y dispuestas á cargar. Seguían al mariscal Víctor los mariscales Oudinot y Macdonald. A retaguardia y á una distancia de algunas leguas la guardia que viajaba en carros cubría el camino de Meaux á Guignes.

Apenas estaban en marcha de Guignes á Mormant, cuando distinguieron al conde Pahlen formando la vanguardia del príncipe Wittgenstein con dos mil quinientos hombres de infantería y mil ochocientos caballos. Era una hermosa presa que se ofrecía al comenzar las operaciones contra el ejército de Bohemia. El general Gerard, superior á los demás y á sí mismo en esa terrible campaña, avanzó á la cabeza de un batallón del 32.º de jóvenes soldados incorporados en un cuadro antiguo célebre en otro tiempo en Italia, entró con espada en mano en Mormant, y arrojó á la infantería del conde Pahlen que se había refugiado allí con la esperanza de ser socorrida por los bávaros establecidos en Nangis. Privada de ese asilo, la infantería rusa tuvo que atravesar á descubierto el espacio que separa Mormant de Nangis. Drouot, desembocando de Mormant con sus cañones, la cubrió de metralla, mientras en la izquierda el conde Valmy con los escuadrones recién llegados de España, y á la derecha el conde Milhaud con los dragones que habían llegado también el año anterior, los atacaron á sablazos. Los cuadros de la infantería rusa, á pesar de su solidez, fueron rotos y cogidos enteramente con su artillería. Su caballería fué alcanzada antes de poder huir y en parte quedó prisionera ó destruída. Esta escaramuza costó á los rusos cerca de cuatro mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, y once cañones.

Este principio prometía al ejército del príncipe de Schwartzberg una suerte bastante parecida á la que había tenido el ejército de Blücher. No obstante era preciso perseguirle sin descanso si se querían obtener los resultados que se esperaban, y Napoleón precipitó el movimiento de todos sus cuerpos. Avanzaron rápidamente á Nangis, rechazando á la vez á las tropas rusas de Wittgenstein, cuya vanguardia acababan de aniquilar, y á las tropas bávaras que se replegaban sobre sus cuerpos de batalla. El buen éxito de esta nueva serie de operaciones dependía especialmente del paso inmediatamente del Sena, pues si Napoleón lograba atravesarle antes que todos los cuerpos enemigos lo hubieran vuelto á pasar, y particularmente los que se habían aventurado hacia Fontainebleau, estaba casi seguro de coger en detalle á casi todos los rezagados. Se dirigió, pues, á toda prisa á los puentes de Nogent, Bray y Montereau que tenía delante de sí, encaminó al mariscal Oudinot por Provins á Nogent con una parte de la caballería de España á las órdenes del conde de Valmy, y al mariscal Macdonald á Bray por Dannemarie; y en cuanto á él,

seguido de las tropas del mariscal Víctor, tomó á la derecha y se dirigió á Villeneuve por Montereau: no sabiendo cuál de estos tres puentes sería más fácil de reconquistar, encaminaba sus esfuerzos hacia los tres á un tiempo. Marchando atrevidamente era posible tomar uno ó dos de esos puentes, y entonces se podía volver á pasar el Sena bastante pronto para cortar toda retirada á los cuerpos enemigos que se hubieran adelantado demasiado.

Marchando el mariscal Víctor á Villeneuve, precedido siempre por las divisiones Dufour y Hamelinaye que conducía el general Gerard, encontró un poco más allá de Valjonán á la división bávara de Lamotte que trataba de escaparse y que tenía poca artillería que oponer á la nuestra. Estaba atravesada en la carretera con la izquierda fuertemente establecida en la aldea de Villeneuve, y la derecha desplegada en un pequeño llano rodeado de monte. El general Gerard, presente siempre en los combates, marchó hacia Villeneuve con un batallón del 86.º y tomó la población á la bayoneta, quitando así este apoyo al general Lamotte. Entonces tuvo que retirarse por el llano que tenía á retaguardia para buscar un asilo en los montes.

Este era el momento de cargar. El general Lheritier que mandaba una parte de los dragones se encontraba allí, y si hubiese aprovechado la coyuntura habría acabado con la división Lamotte. Nuestros soldados, siempre inteligentes, llamaban á gritos á la caballería; pero fuera que el general Lheritier esperase las órdenes del mariscal Víctor, que no llegaban, ó fuera que no hubiese distinguido tan favorable ocasión, lo cierto es que se quedó inmóvil, y la infantería bávara pudo atravesar impunemente el terreno descubierto que tenía delante. Por fortuna el general Gerard, guiado por un campesino, había seguido las orillas de los montes y desembocó repentinamente con su infantería sobre el flanco de la división Lamotte que se retiraba en cuadros. Atacó estos cuadros á la bayoneta, rompió muchos de ellos y fué secundado con mucha oportunidad por el general Bordessoulle, que viendo la inmovilidad del resto de la caballería, cayó sobre el enemigo con trescientos coraceros jóvenes que acababan de llegar del depósito de Versailles. Estos valientes, con un arrojo y una ferocidad bastante común en los soldados jóvenes, se encarnizaron sobre los bávaros derrotados y acuchillaron á muchos de ellos. Quitaron, pues, mil quinientos hombres á esta división que habrían podido coger entera. En seguida marcharon á Salins, donde pernoctó el mariscal Víctor, aunque tenía orden de correr á Montereau. Habría querido que el general Gerard pasara á ese punto, pero éste con sus tropas, cansadas por una larga marcha y por dos combates, no podía hacerlo, y al mariscal Víctor le correspondía formar durante la noche la cabeza de la columna con las dos divisiones que no habían combatido. El mariscal nada hizo; estaba cansado, enfermo, abatido, descontento de Napoleón, que le convenía porque no había defendido bien el Sena; en una palabra, padecía física y moralmente, si bien se hallaba siempre dispuesto á portarse en el campo de batalla con tanta inteligencia como bazaría. Pernoctó, pues, en Salins, á una legua de Montereau, donde nos esperaban los mejores resultados si nuestra actividad correspondiera á la urgencia de las circunstancias.

Napoleón, rendido de fatiga, había descansado un instante en Nangis con la intención de levantarse en medio de la noche, según su costumbre, para expedir sus órdenes que debían darse por la noche para que llegaran al amanecer á su destino. A la una estaba en pie y sabía que el mariscal Víctor se había quedado en Salins. Mucho se irritó al saberlo, pues todos los partes recibidos anunciaban que el enemigo había tomado sus precauciones para disputarnos los puentes de Nogent y de Bray, lo cual era bien fácil. Con efecto, las colinas que por Montereau forman las orillas del Sena y le dominan se alejan del río hacia Bray y Nogent, y por consiguiente no suministran ninguna posición dominante para tirar contra los puentes. Por el contrario, las aldeas que se extienden por ambas orillas, bien atrincheradas, presentaban puntos que el ejército de Bohemia, concentrado por su movimiento de retirada, podía disputarnos largo tiempo. Sólo quedaba, pues, el puente de Montereau que importaba mucho, pues si le atravesaban era posible cortar el cuerpo de Colloredo aventurado hasta Fontainebleau, y coger así quince ó veinte mil hombres á la vez, lo que habría sido un acontecimiento capital. Napoleón mandó al mariscal Víctor que saliera de la cama inmediatamente y que corriera con sus tropas á Montereau, mientras él se disponía á hacer lo mismo. Antes de marchar, prescribió á los mariscales Oudinot y Macdonald que tomaran, si era posible, el uno á Nogent y el otro á Bray, y en el caso contrario que se replegaran hacia él para desembocar todos juntos por Montereau. La guardia que había hecho una jornada en carros había llegado á Nangis, y Napoleón le ordenó que siguiera á Víctor á Montereau.

Había tenido que tomar en aquel día una resolución que atestiguaba la importancia de nuestros últimos triunfos. Cuando llegó por la noche á Nangis, se presentó de repente un ayudante del príncipe de Schwartzberg, el conde Paar, á pedir una suspensión de armas, suspensión que pocos días antes Mr. de Caulaincourt ofrecía en vano comprar á costa de los más crueles sacrificios. ¿Cómo era que de tanta confianza, tanto orgullo y dureza, se había pasado tan pronto á tanta prudencia y moderación? Los sucesos que habían tenido lugar explicaban esto, y probaban lo que Napoleón había ganado en aquellos últimos días. Los soberanos reunidos en Nogent en torno del príncipe de Schwartzberg, después de haber tenido al principio noticias vagas acerca de Blücher, llegaron á saber con todos sus pormenores la extensión de los descalabros que había sufrido este fogoso general, y conociendo por los terribles ataques que acababan de sufrir ellos que Napoleón estaba presente, habían tomado de repente resoluciones más modestas que aquellas en que persistían veinticuatro horas antes. El ejército de Bohemia se hallaba efectivamente en una situación muy grave, pues avanzaba de frente sobre una línea de batalla de más de veinte leguas desde Nogent hasta Fontainebleau, y en cuatro columnas de las cuales una ó dos corrían peligro de ser copadas ó destruídas si Napoleón se adelantaba á ellas en el paso del Sena. Detenerle inmediatamente era importantísimo, y á pesar de las protestas del partido de la guerra, el príncipe de Schwartzberg, desdeñándolas esta vez, había imaginado enviar su ayudante á Napoleón para proponerle la detención donde se encontra-

ban, diciendo que sin duda ignoraba lo que pasaba en Chatillón, y que por eso proseguía con tanto ardor las hostilidades; que las conferencias suspendidas temporalmente habían vuelto á abrirse sobre bases admitidas por Mr. de Caulaincourt, y que probablemente dentro de algunas horas se recibiría la noticia de estar firmados los preliminares de paz. En este asunto había una superchería ó una ingenuidad muy singular. Mr. de Caulaincourt no había aceptado la insultante proposición de los aliados, se había limitado á preguntar confidencialmente á Mr. de Metternich si la aceptación sumaria de esa proposición implicaría al menos la suspensión de las hostilidades, y había hecho esta pregunta al día siguiente de la batalla de la Rothiere en un momento de desesperación; pero suponer que, después de los combates de Champaubert, de Montmirail, de Chateau-Thierry, de Vauchamps, y de Mormant y Villeneuve, Napoleón consentiría en encerrar á la Francia en sus antiguos límites, y lo que era peor aún, renunciaría á tener voto en la suerte futura de la Italia, la Alemania, la Holanda y la Polonia, era á la verdad una pretensión bien extraña, igual al menos á la que más de una vez hemos echado en cara á Napoleón.

Sea como quiera, eso es lo que encargaron al ayudante del príncipe de Schwartzberg que propusiera en el cuartel general francés; querían que Napoleón se detuviera en medio de la victoria para aceptar la degradación de la Francia y la suya propia.

Por eso oyó con una sonrisa irónica la noticia de la llegada del mensajero de la coalición; no quiso admitirle en su presencia, pero consintió en recibir la carta del príncipe de Schwartzberg diciendo que más tarde respondería. ¡Y sin embargo, ignoraba á qué especie de proposiciones se refería aquel mensaje! No habiendo podido comunicar con Mr. de Caulaincourt, sino muy difícilmente, pues estaba separado de él por todo el ejército de Bohemia, no tenía ningún conocimiento de lo que había pasado en Chatillón; ignoraba que Mr. de Caulaincourt, después de haber recibido las proposiciones insultantes, había escrito confidencialmente á Mr. de Metternich; ignoraba que este último había tomado como oficial y transmitido á los aliados la carta de Mr. de Caulaincourt, que era puramente confidencial, y que de este modo, para decidirle á que se detuviera en medio de sus triunfos, le ofrecían para la Francia, no solamente el volver á las fronteras de 1790, sino su renuncia al papel de potencia europea; ignoraba todos estos detalles, sin lo cual habría acogido de una manera bien diferente al enviado austriaco. No veía en lo que le proponían más que el deseo de suspender su marcha victoriosa, sin sospechar las condiciones de paz que se sobreentendían; pero aun cuando le hubiesen presentado cosas más aceptables, no habría envainado su espada victoriosa en el momento que un último triunfo podía cambiarlo todo. Aplazó, pues, su respuesta, y continuó su marcha. Mas temiendo, sin embargo, que Mr. de Caulaincourt, presa de las angustias más crueles, y cuya sociedad en Chatillón se componía exclusivamente de enemigos que le dejaban ignorar nuestros mejores triunfos, cediera á tantas obsesiones, y usara con demasiada latitud de los poderes que se le habían conferido, le escribió la siguiente carta antes de montar á caballo para pasar á Montereau.

3 Nangls, 18 de febrero.

«Os he dado *carta blanca* para salvar á París y para evitar una batalla que era la última esperanza de la nación. La batalla ha tenido lugar, y la Providencia ha protegido nuestras armas. Tengo de treinta á cuarenta mil prisioneros; he tomado doscientos cañones, he cogido á un crecido número de generales, y he destruído varios ejércitos á muy poca costa. Ayer he emprendido con el ejército del príncipe de Schwartzberg, que pienso destruir antes que haya vuelto á pasar nuestras fronteras. Vuestra actitud debe ser la misma; debéis hacerlo todo por la paz, pero mi intención es que no firméis nada sin mis órdenes, pues sólo yo conozco mi posición. En general no deseo más que una paz sólida y honrosa, y no puede ser tal sino sobre las bases propuestas en Francfort. Si los aliados hubiesen aceptado vuestras proposiciones el 9, no hubiera habido batalla; yo no habría tenido que probar la fortuna en un momento en que el menor descalabro perdía á la Francia, y por último, no habría conocido el secreto de su flaqueza: justo es, pues, que yo obtenga las ventajas de la suerte, que me ha sido favorable. Quiero la paz; pero no consideraría como tal una paz que impusiera á la Francia condiciones más humillantes que las bases de Francfort. Mi posición es seguramente más ventajosa que en la época en que los aliados estaban en Fracfort; podían desafiarme entonces, que no había obtenido ninguna ventaja sobre ellos, y además estaban lejos de mi territorio. Hoy es muy distinto. Les llevo alcanzadas ventajas inmensas, tan grandes como se nos presentan en una carrera militar de veinte años y de alguna brillantez. Estoy dispuesto á cesar las hostilidades y á permitir que los enemigos se vuelvan á sus casas, si firman preliminares basados en las proposiciones de Francfort.»

Si los aliados se hacían ilusiones, vemos que Napoleón se las hacía también muy grandes, pues en vez de limitarse á rechazar lo que era inaceptable, exigía lo que no podía obtener en aquellas circunstancias.

En tanto que ocupaba de este modo los primeros momentos de la mañana del 18, el mariscal Víctor había marchado por fin á Montereau, adonde había llegado muy temprano. El general Pajol, después de haberse reunido con sus tropas en el bosque de Valence, se había adelantado con su caballería y algunos batallones de guardias nacionales y llegaba á la orilla del bosque de Valence en el momento en que el mariscal Víctor desembocaba enfrente de la cuesta de Surville que domina el Sena y el pueblo de Montereau. Esta cuesta, á la que se sube por una pendiente bastante suave, llegando sea de Valence, sea de Salins, tiene un declive escarpado por el lado del Sena. Desde la cumbre se distingue á su falda la población de Montereau, los dos ríos que allí se reúnen y el puente del Sena, objeto de gran valor que entramos ejércitos iban á disputarse con furia. Tomada con prontitud la cuesta, precipitándose sobre el puente que era de piedra y no tan fácil de destruir como un puente de madera, era posible apoderarse de él antes que lo hubiese cortado el enemigo. Pero era difícil precipitar el ataque de la cuesta, pues los wurtembergueses se hallaban en ella con mucha fuerza. La ocupaba el príncipe real de Wurtemberg. Este príncipe, que había sido muy maltratado por Na-

poleón en otro tiempo, y á quien Alejandro, por el contrario, colmaba de favores destinándole en matrimonio á su hermana la gran duquesa Catalina, este príncipe, inteligente y valeroso, trataba de distinguirse y de rescatar con servicios hechos á la coalición el largo afecto de su padre al imperio francés.

De la posición del puente de Montereau dependía la salvación del cuerpo austriaco de Colloredo, aventurado hasta Fontainebleau, y cuya retirada era imposible si los franceses pasaban el Sena antes que él hubiese retrocedido al menos hasta Moret ó Nemours. Por eso á pesar del peligro de la posición, el príncipe de Wurtemberg se hallaba bien resuelto á resistir, aun á riesgo de que le precipitaran de la cuesta de Surville al Sena.

Había tomado su infantería de Villarón á Saint-Martín enfrente del camino por el cual se presentaban los franceses y apoyaba su espalda en la cuesta de Surville. Además estaba cubierto por una numerosa artillería.

El general Pajol, arrojado é inteligente como de costumbre, había tratado de llegar con su caballería al otro lado de los wurtembergueses, á fin de tomar la carretera que pasa por detrás de la cuesta de Surville y baja en pendiente rápida á Montereau. Pero detenido por una artillería mortífera, habría debido esperar para realizar su proyecto el ataque que debía dar la infantería del mariscal Víctor.

Una de las dos divisiones del mariscal mandadas por su yerno el general Chataux, oficial de mucho mérito, había llegado la primera y demostraba la mayor impaciencia por reparar la falta que Napoleón había reprendido tan severamente. Así es que se arrojó en seguida sobre la cuesta de Surville, con la derecha hacia Villarón y la izquierda á Saint-Martín. Los soldados llevados de su arrojado trataron de escalar la posición cubierta de cercados; lo consiguieron, fueron rechazados después y volvieron á la carga repetidas veces, sin quedarse dueños, á pesar de sus prodigiosos esfuerzos de valor.

El general Chataux se hallaba siempre en lo más fuerte de la pelea, pero su misma impaciencia presentaba un peligro cual era el de cansar á la valiente división antes de que pudiese ser sostenida, derramando así una sangre preciosa. Muy luego sobrevino la división Duhesme con su mariscal, y ésta reemplazó á la división Chataux que se inclinó á la derecha para atacar la cuesta por su parte menos escarpada. El valeroso general Chataux, marchando á la cabeza de sus soldados, recibió un balazo á la vista de su suegro en cuyos brazos cayó exánime. Esta desgracia fué perjudicial al ataque de la derecha, y la división Duhesme á la izquierda, llegando á la posición por su parte menos accesible no estaba á punto de salir triunfante, cuando llegó el general Gerard con las divisiones Dufour y Hamelinaye.

Advertido Napoleón de que encontraban dificultades, y descontento del mariscal Víctor, había enviado al general Gerard la orden de tomar el mando en jefe, lo que este general hizo inmediatamente. Viendo que la artillería de los wurtembergueses nos molestaba mucho, el general reunió todas sus baterías y las del 2.º cuerpo y dirigió sesenta cañones contra los wurtembergueses á fin de desordenarlos con este fuego terrible antes de acometerlos cuerpo á cuerpo. Les causó tales pérdidas que, queriendo libertarse de un fuego tan mortífero, trataron de arrojarse sobre nuestras piezas para tomar-

las. El general Gerard les dejó avanzar y luego cayó sobre ellos á la cabeza de un batallón y los hizo volver á su posición á bayoneta calada. En este instante llegaba Napoleón con la vieja guardia, y Pajol, después de haber rechazado á la caballería enemiga, amenazaba flanquear la cuesta de Surville. Al ver esto, la firmeza de los wurtembergueses se quebrantó y tocaron retirada para volver á pasar el puente de Montereau, mas no les dejaron tiempo para esto; los atacaron en masa, subieron la cuesta y los desalojaron de ella á viva fuerza. Pajol, corriendo á galope á la cabeza de un regimiento de cazadores, se lanzó por la carretera que pasa por detrás de la cuesta de Surville formando una pendiente rápida, y acometió á los wurtembergueses aglomerados sobre esta bajada en tanto que la artillería de la guardia dirigida á la cuesta los acibillaba á balazos. Por su parte los valientes habitantes de Montereau, que esperaban el momento de caer sobre el enemigo, se pusieron á hacer fuego desde sus ventanas; en breve fué aquello una verdadera carnicería.

El príncipe de Wurtemberg estuvo á punto de caer prisionero, y sólo consiguió escapar dejando en nuestro poder tres mil muertos ó heridos y cuatro mil prisioneros con la mayor parte de sus cañones. El objeto más importante, que era el puente, quedó en posesión de los cazadores de Pajol que lo pasaron á galope, mientras saltaba debajo de ellos una mina sin arrancar la bóveda. Napoleón, colocado en la cuesta de Surville, desde donde dirigía su artillería, sintió al ver esto un júbilo muy grande que no disimuló. Con efecto, se prometía de este triunfo los más brillantes resultados.

Una vez dueño de Montereau, lo primero que hizo fué lanzar su caballería á la otra parte para tratar de conocer la posición del enemigo y saber lo que había sido del cuerpo austriaco de Colloredo. Pero ya este cuerpo había tenido tiempo de volver al Yonne, y formaba en aquel instante la retaguardia del príncipe de Schwartzberg. Así pues, ya no era posible alcanzarle, sobre todo con tropas cansadas, de las cuales unas, como las del segundo cuerpo y las de la reserva de París, habían combatido todo el día, y otras como la guardia imperial habían marchado sin cesar durante setenta y dos horas, haciendo doble etapa de día y pasando la noche en carros. Por consiguiente, era preciso detenerse, tomar tiempo para hacer pasar al ejército por el puente reconquistado de Montereau, y marchar en seguida en masa sobre el príncipe de Schwartzberg para sorprender y destruir sus diversos destacamentos si estaban diseminados, ó para acometerlos en batalla si estaban concentrados, batalla que se daría bajo el ascendiente de la victoria con los sesenta mil hombres que á la sazón había disponibles.

Aunque el puente de Montereau se había tomado demasiado tarde, Napoleón sin embargo había tenido motivos para estar contento de las ocho últimas jornadas. Con efecto, en tanto que una semana antes retrocedían de Brienne á Troyes sin saber si podrían defender á París, en ese corto espacio de tiempo había destruído al ejército de Blücher y había puesto en fuga al de Schwartzberg, cambio de situación que podía tener satisfecho aún el orgullo del vencedor de Austerlitz, de Jena y de Friedland. Napoleón, si no se exageraba la importancia política de su triunfo, podía salir de aquella

guerra, si no con todas las condiciones de Francfort, al menos con algunas de las más esenciales, y sobre todo con estipulaciones que en nada se parecerían á las insultantes proposiciones de Chatillón. Sin embargo, no se consolaba de no haber podido recoger todos los frutos de sus hermosas maniobras, y culpaba de ello á varios de sus capitanes, que no habían hecho en aquella ocasión todo lo que él se había prometido de su afecto. Con razón, ó sin ella, se quejaba del general de artillería Digeón, que no había abastecido debidamente á la artillería la víspera y el mismo día del combate de Montereau; del general Lheritier, que no había cargado á los bávaros en el combate de Villeneuve; del general Montbrún, que no había defendido bastante bien el puente de Moret sobre el Loing (no era el célebre Montbrún, muerto, como recordará el lector, en el Moskowa); del mariscal Víctor, con quien estaba muy enfadado porque había hecho una mala retirada de Estrasburgo á Chalóns, porque había defendido mal el Sena, porque había contenido á las tropas en el combate de Villeneuve, y en fin, porque había demostrado constantemente un abatimiento mezclado de mal humor que era un ejemplo fatal para las tropas. Muchas cosas había que responder á las quejas dirigidas contra estos oficiales; en cuanto al mariscal Víctor, aunque no merecía la cólera de que era objeto, preciso es confesar que demostraba demasiado su desaliento, que no recobraba su propio dominio sino delante del enemigo y á las órdenes inmediatas de Napoleón. Hay que añadir á esto que su familia era de aquellas que menos afecto tenían entonces á la emperatriz. Napoleón lo sabía, y bajo la impresión de esas circunstancias diversas, le había quitado el mando para conferírsele al general Gerard. Este golpe, unido á la herida mortal del general Chataux, había sumido al desgraciado Víctor en un profundo desaliento. Aunque no tenía órdenes que dar, se había sostenido todo el día en medio del fuego, devorando las lágrimas que le arrancaban la muerte de su yerno y la especie de condena que había caído sobre él. En la misma noche pasó al castillo de Surville donde se había establecido Napoleón, á quien halló sumergido en los encontrados sentimientos que le inspiraban la alegría de un gran triunfo que acababa de obtener y el despecho de no haber alcanzado otro triunfo no menor que se había prometido. Napoleón no pudo contenerse al verle, y olvidando demasiado la jornada de la Rothiere, le reconvinó por su conducta durante los dos últimos meses, mezclando á las reprensiones militares algunas reprensiones políticas, y concluyó por decirle que si estaba cansado ó enfermo no tenía más que descansar retirándose del ejército. En este momento la orden de retirarse pareció al mariscal un deshonor, y respondió al emperador que iba á coger un fusil, á incorporarse en los batallones de la vieja guardia, y á morir como soldado al lado de sus antiguos compañeros de armas. Napoleón, vivamente afectado con la emoción del mariscal, le tendió la mano y consintió en que se quedara cerca de su persona. No podía quitar al general Gerard el mando del segundo cuerpo que aquella mañana le había conferido y que el general merecía, pero indemnizó al mariscal de otra manera. Acababan de salir de París dos divisiones de la joven guardia, las divisiones Charpentier y Boyer que habían sido apostadas á lo largo del Essonne para cu-

brir la capital hacia la izquierda del Sena. Napoleón compuso con ellas un cuerpo de la guardia y colocó al mariscal á su cabeza. Poner á este mariscal cerca del emperador, quitándole así toda responsabilidad, era á la vez consolarle y devolverle su valor, pues libre del cuidado del mando superior era siempre uno de los primeros oficiales del ejército.

Al día siguiente, 19, Napoleón había querido marchar inmediatamente hacia Nogent para continuar persiguiendo al príncipe de Schwartzberg, y darle una batalla si le podía obligar á aceptarla; pero la necesidad de hacer pasar por el único puente de Montereau á todas las fuerzas que actualmente tenía reunidas, es decir, á las dos divisiones de reserva de París, el 2.º cuerpo, la guardia imperial, las divisiones de España, y en fin, el cuerpo del mariscal Macdonald que no había podido atravesar el Sena por Bray, produjo la pérdida de todo el día 19.

En tanto que sus cuerpos empleaban el tiempo en desfilar por el puente de Montereau, Napoleón tomó sus medidas para encontrarse lo más pronto posible enfrente del enemigo, y aun, si podía, sobre sus flancos. Habiendo sido destruídos los puentes de Bray y de Nogent, hizo preparar por el cuerpo del mariscal Oudinot los medios para pasar cerca de Nogent: en cuanto al del mariscal Macdonald, acabamos de ver que lo había llevado ya hasta Montereau. El proyecto de Napoleón era, después de haber atravesado Montereau, volver á la izquierda, llegar por la orilla del Sena hasta Mery, no lejos de la confluencia con el Aube, y una vez allí, en vez de seguir al príncipe de Schwartzberg hacia el camino de Troyes, dejar un solo cuerpo detrás de él y con el grueso de las fuerzas pasar el Sena por Mery, subirlo por la orilla derecha en tanto que el príncipe de Schwartzberg subiría por la izquierda, aprovecharse para marchar más de prisa de que no tendrían enemigos delante de sí, y en fin, volver á pasar el Sena más abajo de Troyes para dar al príncipe de Schwartzberg una batalla en su línea de retirada y sobre su línea de comunicación con Blücher, dos ventajas considerables y de las mayores consecuencias. Vemos, pues, que aquel espíritu inagotable, privado de una combinación, imaginaba otra no menos practicable ni fecunda.

Napoleón llevó el grueso de sus fuerzas á la izquierda hacia Nogent; sin embargo, para no estar sin comunicación con el Yonne, y no cargar demasiado la carretera de Troyes, dirigió al mariscal Macdonald un poco á la derecha por Saint-Martín Rosnay y Pavillon y al general Gerard hacia la derecha también por Trainel y Avón. Encargó al general Alix, el valiente defensor de Sens, que ocupara de nuevo las orillas del Yonne con los guardias nacionales y la caballería del general Pajol. Este último vió abrirse sus heridas nuevamente á causa de sus continuas fatigas; Napoleón, después de haberle colmado de recompensas, lo había mandado á París y le había reemplazado con el general Alix. Dió algunos refuerzos á la vieja guardia, consistentes en dos magníficos batallones compuestos de los antiguos gendarmes de España, lo que elevaba á diez y ocho batallones la división de la vieja guardia que tenía cerca de sí (la otra estaba hacia Soissons con el mariscal Mortier), con más varias compañías de soldados jóvenes destinados á salir de las filas como tiradores, en tanto que los

viejos soldados se conservarían en línea como murallas. Reiteró sus recomendaciones para que no se cesara un instante de formar en París nuevos batallones de línea, y en Versailles nuevos escuadrones. Prescribió sobre todo la formación de un servicio de puentes con las barcas que podrían recogerse en el Sena, pues á falta de este instrumento de guerra el paso de los ríos franceses había concluído por ser casi tan difícil como por los ríos extranjeros, y un obstáculo para todas las combinaciones. Napoleón empleó en estas diferentes disposiciones los días 19 y 20 que sus tropas empleaban en pasar el Sena por Montereau y en marchar hacia Nogent. Momentáneamente había establecido su residencia (1) en el castillo de Surville y tenía mucha necesidad de este tiempo que le habían dejado, pues no sólo tenía que ocuparse de las tropas que directamente estaban bajo sus órdenes, sino de las que defendían las diversas fronteras de la Francia y que no exigían menos que las otras su vigilancia y sobre todo su vigoroso impulso. El general Maisón, enviado á Bélgica para reemplazar al general Decaén con quien Napoleón estaba incomodado porque había abandonado Willemsstadt y Breda, se había esforzado en hacer frente á todos los peligros que le rodeaban. Aprovechando el instante en que tenía á su disposición las divisiones de la joven guardia de Roguet y Barrois, había caído sobre los ingleses del general Graham y sobre los prusianos del general Bulow, y los había obligado á alejarse de Amberes. Pero bien pronto, privado de la división Roguet, reducido á la di-

(1) Ya hemos hecho notar que por no conocer las correspondencias de Napoleón, se le atribuyen á menudo faltas que no ha cometido ó intenciones que no ha tenido nunca. Los días pasados en Surville nos suministran un nuevo ejemplo. Varios críticos franceses y extranjeros, después de haber preguntado por qué al dejar á Blücher no marchó en derecha de Montmirail á Provins para caer sobre el flanco del príncipe de Schwartzberg, en vez de dar un rodeo hacia atrás por Meaux y Guignes, preguntan también por qué no pasó el Sena en Nogent ó en Bray en vez de atravesarlo en Montereau, y por qué después de haber escogido Montereau perdió dos días en el castillo de Surville. La lectura de sus cartas responde á todas estas preguntas. En Nogent y en Bray la naturaleza de los lugares, llanos y cubiertos de pueblos en las dos orillas, ofrecían al enemigo tales probabilidades de resistencia que no había medio de forzar el paso, y además, como los puentes eran de madera, había poca probabilidad de preservarlos de la destrucción. En Montereau, por el contrario, gracias á la montaña de Surville que domina la opuesta orilla, se podía más fácilmente ganar el paso; además, siendo el puente de piedra, se tenía más tiempo para salvarle. Los hechos prueban que Napoleón tenía razón. En fin, la esperanza de copar el cuerpo que se había avanzado hasta Fontainebleau era un último y muy poderoso motivo para preferir el puente de Montereau. Napoleón sin embargo trató de pasar los tres puentes á la vez, aunque apoyándose sobre todo en el último, que vino á ser el único por donde fué posible conseguirlo. Hizo, pues, todo lo que podía hacer. En cuanto al tiempo perdido el 19 y 20 de febrero, su correspondencia demuestra su inmensa impaciencia durante las horas empleadas en pasar el puente y pueblo de Montereau. Concluído el desfile se necesitó todo el día 20 para concentrarse á la izquierda hacia Nogent; no hubo, por consecuencia, un momento perdido, y Napoleón, que había atravesado á caballo en tres horas los espacios que sus tropas gastaron veinticuatro en recorrer, pudo estar en Surville el día 20, que consagró á sus negocios generales que no eran menos apremiantes que los que dirigía directamente. Aquí, como siempre, tiene razón contra sus críticos, por supuesto cuando se trata de operaciones militares. Pero para convencerse de esta verdad es preciso leer sus órdenes y sus correspondencias, que hasta aquí los historiadores, al escribir sus historias, no han tenido nunca á su disposición. (N. del A.)

visión Barrois y á algunos batallones organizados á toda prisa en los depósitos del antiguo primer cuerpo, disponiendo á lo más de siete á ocho mil hombres de tropas activas, se había visto en la alternativa de quedarse en Amberes ó de destacarse de esta plaza para tratar de cubrir la Bélgica.

Había preferido el último partido, que era el más prudente, y había dejado en Amberes una guarnición de doce mil hombres con el ilustre Carnot, cuyos servicios noblemente ofrecidos en aquella situación crítica habían sido aceptados por Napoleón. Había pasado en seguida á Bruselas, después hacia Mons y Lille, dejando aquí y allá en las plazas del Norte los víveres que podía recoger y los quintos uniformados y armados á medias que podía sacar de sus depósitos. En tanto que Carnot soportaba con impasible firmeza un horrible bombardeo que sin embargo no había podido alcanzar á la flota, objeto de todos los furros de la Inglaterra, el general Maisón, maniobrando con un puñado de soldados entre las otras plazas del Norte de Francia, en tanto que se lo permitían las circunstancias, había salvado nuestras fronteras y conservado siempre una fuerza activa para arrojar sobre los destacamentos enemigos que se hallaban á su alcance.

Napoleón, que en su crítica posición era muy difícil de contentar, ordenaba continuamente al general Maisón que no se quedara detenido en las plazas, que persiguiera por la retaguardia á las tropas que habían marchado por Colonia á la Champaña, y atormentaba con repulsas del todo inmerecidas á este general que no tenía necesidad de ser excitado, pues se había mostrado hábil, valiente é incansable en la defensa de la frontera.

Napoleón era más justo cuando reconvenía al general Augereau, pero también aquí, por la costumbre de pedir mucho para alcanzar poco, era demasiado exigente. Augereau, viejo, cansado y hasta disgustado, había encontrado, sin embargo, algún valor en presencia del peligro que amenazaba á la Francia, y particularmente á los hombres comprometidos como él en la revolución. Pero tenía en Lyon tres mil quintos incorporados en cuadros viejos y nada de almacenes, nada de víveres, de artillería ni de caballos. Desgraciadamente no estaba dotado de esa creadora actividad á cuyo beneficio se pueden sacar de una gran población todos los recursos que contiene. Sin embargo, había procurado mantener y vestir á sus quintos por la municipalidad lionesa; había traído de Valencia alguna caballería, había llamado de Grenoble á la pequeña división Marchand y enviado á Nimes ayudantes de campo á buscar la división de reserva que había sido destinada, como la de Burdeos, á pasar del Mediodía al Norte. De este modo en los primeros días de febrero había conseguido reunir, además de las fuerzas de Lyon, tres mil hombres llegados de Nimes y, lo que valía mucho más, diez mil soldados aguerri-dos destacados del ejército de Cataluña, y con estas tropas se preparaba á entrar en campaña. Pero antes de ir al encuentro del enemigo había querido dar algún descanso á sus tropas. Sin embargo, era de la mayor importancia que se presentara, pues su aparición hacia Chalóns y Besanzón podía causar algunos daños á las retaguardias de los ejércitos aliados y quizá decidir la retirada de Schwartzberg que estaba ya empezada.